

UNO de los últimos y más espectaculares ataques internacionales contra el franquismo lo protagonizó Luis Echeverría, por entonces Presidente de Méjico. Su gesto tenía el aroma de un homenaje a Lázaro Cárdenas y a cuantos españoles—León Felipe, Max Aub, Díez Canelo, Rivas Cheriff y tantísimos otros— no sólo encontraron en Méjico el refugio que solicitaba su exilio, sino también una nueva patria. Max Aub cerraba así la introducción a su "Teatro Mayor", es decir, a la parte capital de su producción dramática: "Las cárceles y los campos, contra lo que se puede suponer, me dieron espacio, si no para escribir, para pensar. Todo lo que sigue es obra de Méjico". El paso de Echeverría vino a ser, en verdad, el último de esa noche oscura de España en América, que va del 39 al 76.

Cierto que no todos han visto así las cosas y que el más notable de los actuales dictadores de América Latina—que conquistó el poder alzándose contra un Gobierno democráticamente elegido— tomó en España el ejemplo de su gesta y aun de su manera de gobierno. Pero aquí hablamos de otras gentes. De los poetas, de los escritores, de los artistas, de las juventudes universitarias, de los sindicatos, de las fuerzas políticas populares y aun de ese hombre oscuro, que sabe muy pocas cosas, pero que cataliza los sentimientos de simpatía o antipatía de su comunidad.

Si uno estudia los periódicos de nuestra guerra civil, repasa las listas de quienes "se encerraron" en Madrid para compartir la suerte de sus habitantes, lee las incontables manifestaciones de solidaridad dirigidas a la República, encuentra una y otra vez nombres de gentes de América Latina. España era entonces una pasión de América. El nombre que aglutinaba las esperanzas de libertad y de cambio, el ejemplo que—como me contaba el uruguayo Atahualpa del Cioppo en su exilio costarricense—estimulaba los movimientos obreros y, también, el celo de los dictadores. César Vallejo, el delicado y gran poeta peruano, empezó así su intervención en el II Congreso Internacional de Escritores celebrado en Madrid: "Traigo el saludo de mis compañeros al pueblo español, que lucha, con un interés sobrehumano, con una vocación sin precedentes en la Historia y que está asombrando al universo. Vosotros sabéis que el Perú, al igual que otros pueblos de América, vive bajo el dominio de una dictadura implecable; esta dictadura se ha exacerbado. No se consiente que se pronuncie una sola palabra respecto de la República española en las calles de Lima ni en ninguna ciudad de la República". Neruda, en uno de sus poemas, sereno y torrencial, recordaba:

Yo vivía en un barrio de Madrid, con campanas,



El Rey don Juan Carlos pronuncia su discurso conmemorativo del descubrimiento de América en presencia del Presidente mejicano, señor López Portillo.

UN NUEVO MODO DE VER AMERICA, UN NUEVO MODO DE VER ESPAÑA

JOSE MONLEON

con relojes, con árboles.
Desde allí se veía
el rostro seco de Castilla
como un océano de cuero.

Y una mañana todo estaba ardiendo
y una mañana las hogueras
salían de la tierra
devorando seres,
y, desde entonces, fuego,
pólvora desde entonces,
y desde entonces sangre.

La comunidad era de lengua y de un turbulento período de historia. Hasta allí habían llegado, como nos explicaba el mejicano Carlos Fuentes, las dos Españas, la que perdió en Villalar y la del Imperio, mezclándose a los indígenas o exterminándolos, con sus dones de cultura y sus cadenas coloniales, creando esa síntesis que hoy llamamos la América de habla castellana. Pero la comunidad era también política, nacida de una situación social afín—probanda que la colonización es una relación de clases y no de países— y unas mismas necesidades. Armando Bazán, en el número 5 de la revista "El Mono Azul", comenzaba así su artículo "América ante la nueva España": "La honda transformación que está operándose en España tendrá, tiene ya, profundas

repercusiones en Hispanoamérica. La estructura social de aquellos pueblos es, con ligeras diferencias, la misma de España. Allí todo el continente, de tierras prodigiosamente fértiles, está dividido en grandes latifundios, sobre los que vegetan, medio muertos de hambre física y de indigencia espiritual, más de veinte millones de campesinos indígenas".

De esas "profundas repercusiones" dan fe la legión de latinoamericanos que quisieron ver de cerca una guerra—a veces para morir en ella, como le ocurrió al cubano Pablo de la Torriente, comisario caído en el frente de Majadahonda, el 19 de diciembre de 1936— que formaba parte de la suya. Los escritores mejicanos, en su documento, proclamaban: "España vive en esta hora momentos trágicos: las fuerzas del pasado se han rebelado, intentando oponerse por el crimen al curso de la Historia". Y los chilenos: "Hoy que España es de nuevo el campo de batalla entre el pasado y el porvenir; hoy que en ella luchan a muerte dos principios opuestos: el fascismo y la libertad; hoy que nuestra España es nuevamente el corazón de la Humanidad, es más España que nunca. Como nunca también sentimos que su sangre es nuestra sangre y su lenguaje es el nuestro; y su historia, la

historia de nuestra existencia". Juan Marinello, bajo el título de "Palabras para Cuba", escribía en noviembre del 37: "Los hijos de tierras sometidas, como la cubana, a terribles sujeciones, a explotaciones exhaustivas, a regímenes dirigidos a la mutilación del hombre, vemos en España nuestro futuro. Ahora sí le llamamos madre". Mientras decía el también cubano Nicolás Guillén: "Madrid mete sus raíces en la sangre de siempre, en la de su pasado, en la de su porvenir. Madrid, que está haciendo otra vez su gran historia, forjando trabajosamente una vida que será para toda la vida". Y el mejicano Mancisidor declaraba: "Somos tan españoles como los españoles". Y Octavio Paz cerraba así su solemne saludo a la juventud española: "En nombre de los jóvenes mejicanos antifascistas, y especialmente en el de mis compañeros de las Juventudes Socialistas Unificadas, saludo a los jóvenes héroes de la libertad, que luchan por todos nosotros, y les aseguro su triunfo cierto, su victoria definitiva". Y el poeta argentino Raúl González Tuñón afirmaba con orgullo:

En Mieres nació mi abuelo,
mi abuela en Pola de Siero.
La capital de mi sangre
se debe llamar Oviedo.

En el día de la Fiesta de la Raza de 1936, en la misma fecha en que Miguel de Unamuno salía del equívoco con unas hermosas palabras, en la que otros llamaban lengua del Imperio, José Bergamín, en un periódico madrileño, proclamaba: "Nosotros somos españoles y americanos juntos, por la sangre viva, libertadora; por la palabra, voz popular, divina; voz conmemorativa, con esta fecha de la nueva vida española; somos palabra verdadera de la vida, de justicia, de libertad, de paz. Y estas cuatro palabras que nos decíamos nosotros al oído, españoles y americanos, en el tiempo; estas cuatro palabras se gritan ahora a todos, porque son la verdadera voz humana de nuestra misma sangre".

[Son tantas las citas que podrían hacerse! ¡Tantas las voces alzadas contra la imagen Imperial de España, que creyeron posible verla transformada en una fuente viva y fraternal de sus mejores tradiciones culturales! Si el mestizo de hoy —y sabido es que esta concepción de su identidad resulta singularmente asumida en México— se considera heredero de dos culturas entreveradas, bien se entiende que ha de sentirse desgraciado si atribuye a una el papel de verdugo de la otra, si para aceptar su identidad ha de trapear, por odio a una de las partes, con su conciencia histórica. La sociedad americana de hoy necesita, para respetar su alta cuota de hispanidad, para respetarse diáfana y a sí misma, respetar a España. De ahí el entusiasmo —apasionado e inevitablemente turbulento— de los textos transcritos y de otros muchos de las mismas fechas. De ahí el cariño con que los sectores más lúcidos acogieron a nuestro exilio, como intentando cobijar a una España que ya no cabía en su tierra. De ahí, también, la obra fecunda de tantos exiliados. De ahí el recalo y el resentimiento ante la España de la dictadura, identificada con la férrea España del Imperio. De ahí la fortuna, quizá ya definitiva, del término "América Latina", que señalaba la oposición a la América Anglosajona, que unía las viejas colonias españolas con las portuguesas y, sobre todo, que ponía el acento en un concepto cultural —lo latino— que nunca tuvo ejércitos, inquisidores, virreyes ni soberbios en las tierras del continente. Si lo hispánico —como cantara Rubén Darío, y yo sentí que era cierto entre muchas gentes de Cuba y Puerto Rico— era un valor cultural que oponer a la presión norteamericana, la figura de la España contemporánea operaba como un freno profundo. Porque quienes se oponían al colonialismo norteamericano estaban muy lejos de identificarse con la realidad política de España, viéndose así privados de asumir sin reservas la cuota de hispanidad que la Historia les impuso. La tarea del Instituto de Cultura Hispánica, más asentada en el reparto maternal de becas y palabras vacías que en la solidaridad profundizadora con aquellos pueblos, bien poco o nada podía hacer, sin duda, en última instancia, porque estaba políticamente

definida por oscuras melancolías imperiales.

Durante años y años, América —al menos, la América popular, la América llana— recibió con enorme afecto a los que llegáramos allí, para siempre o temporalmente, con aire de desertores. Hasta que comenzó la nueva etapa de la vida española. Y otra vez los líderes de Centroamérica aprovecharon la presencia de Juan Carlos para ensalzar el proceso democrático que aquí había comenzado. Lo decía Omar Torrijos, que andaba por entonces dando fin a las negociaciones que quizá harán del Panamá un país menos explotado por los Estados Unidos. Lo repetían, con distintas palabras, con mejor o peor retórica, todos los Jefes de Estado, entre los que, por deliberado cálculo del Gobierno de Suárez, no había ninguno de los grandes dictadores. Aunque, a veces, vistos a escala nacional, desde la propia vida del país, lo sean más o menos recatadamente.

A la vez, las palabras de Juan Carlos se despojaban de los oropeles tradicionales, y procuraban ser amistosas, ajustadas a una realidad tangible, en la que el pasado histórico resultaba siempre mucho más visible y más digno que en la erudición imperial. Por ese camino vinieron las nuevas relaciones con México. Y, tras la elección nada afortunada y pronto revocada de Díaz Ordaz como embajador, la visita de López Portillo, el Presidente que ha sustituido —cumplido regularmente su mandato— precisamente a Luis Echeverría, el de las grandes voces contra el franquismo.

Los cuarenta años del imperialismo mental —ya que, por fortuna, el otro no era posible— hicieron de América Latina un continente cada vez más lejano. Por encima de cualquier estimación sectaria, es asimismo un hecho evidente que la democratización del país nos ha acercado de nuevo a quienes un día proclamaron que eran tan españoles como nosotros. Un párrafo del reciente Manifiesto de la Democracia Cristiana en favor de un Frente Democrático que restituya en Chile las libertades y los derechos políticos, es singularmente significativo al respecto. Es ese en que se señala "que el proceso de restauración democrática sacude hoy a toda América Latina y se identifica con las experiencias de países europeos muy ligados a los nuestros". España ha vuelto a América —y se ha proyectado otra vez activamente sobre aquel continente— en olor de libertad. Lo diga el Rey o lo diga Felipe González. En el acto solemne del 12 de octubre, corroborado por la presencia de López Portillo en la tierra canaria. O en la entrevista del secretario del PSOE con cualquiera de los presos políticos chilenos.

La democracia, si llegamos a hacerla, si sabemos hacerla, supondrá un nuevo modo de sentir el mundo de América Latina. La presencia entre nosotros de tantos exiliados de aquellos países ha de contribuir a acelerar el acercamiento. ■

Otra forma de celebrar el 12 de Octubre

LA "Fiesta de Solidaridad entre los pueblos de España y Latinoamérica", en la señalada y tónica fecha del 12 de octubre, constituyó una nueva ocasión para comprobar la participación activa y las buenas disponibilidades del público para este tipo de celebraciones.

El mejor espectáculo que el que ofrecieron las masas mismas y los pequeños montajes emenados de ellas: banderías de todo tipo y condición —predominando con mayoría absoluta las de los grupos políticos extraparlamentarios y organizaciones afines—; "stands" de los más inverosímiles productos, peticiones y mítines —desde las "ecologistas" que todo lo quieren verde hasta los incipientes "squatters" u ocupadores de pisos vacíos de nuestra ciudad—. Pasando, por supuesto, por las presencias de nacionalidades oprimidas de dentro y de fuera de nuestro solar peninsular, desde el pueblo del Sahara y el de Guinea occidental hasta las diversas y numerosas procedentes de más allá del Atlántico.

A nivel musical y al meramente artístico hubo sus más y sus menos. A los problemas de montaje y producción —no siempre achacables a la mínima organización prevista—, hubo que añadir otros de calidad u oportunidad de los actuantes, salvado, eso sí, el voluntarismo de absolutamente todos los presentes.

Empezó el desfile de cantantes con el controvertido grupo nicaragüense de Carlos Mejía Godoy y los de la Palacaguina, que además de una muy discutible utilización de la música popular de su país, pretenden justificarla con discursos previos de carácter "comprometido". Pero la mañana se caldeó definitivamente cuando aparecieron algunos de los más honestos hombres de la canción en castellano, singularmente Luis Pastor, Adolfo Celdrán y José Antonio Labordeta. Sobrios, sin florituras —la cosa no estaba para ellas— y siempre efectivos y eficaces, consiguieron una altura bastante similar, cada uno en su peculiar estilo y coherentemente ayudados por sus compañeros músicos.

Por la tarde, lo más destacable estuvo sin duda a cargo de dos grupos de otros tantos países del Estado: los gallegos Fuxan Os Ventos, muy jóvenes, con muchas posibilidades de mejora y una interesante base de trabajo sobre el folklore de tierra, y los ya más veteranos, y, por lo mismo, más pulidos y maduros Oskorri, de Euskadi, con un muy destacado trabajo musical y político en su haber.

Sorprendió la aparición del Ballet Lobako de Guinea, colorista y sobre todo ancestral y bello. O la de un conjunto folklórico saharauí de fuerte contenido actual en sus planteamientos y reivindicaciones políticas. Otros muchos artistas aparecieron: algunos, con mejor intención que otra cosa; otros, como Pablo Guerrero o Bibiano, dando muestras de su innegable puesta al día y calidad, si bien un recital apresurado y escaso de tiempo como éste no daba ocasión a demostrarlo totalmente. Los canarios Taburiente tampoco tuvieron fortuna con el equipo de sonido, y pasaron inadvertidos, prácticamente como el gran cantaor que es José Menese. Y finalmente, lo esperado: el Cuarteto Cedrón, Viglietti y Serrat. Con la muy breve aparición de los argentinos Juan Cedrón y compañía, se consiguieron probablemente los mejores momentos musicales de la ya avanzada noche: el Cuarteto es un espléndido, enorme grupo, con seguridad uno de los más interesantes de toda Latinoamérica y particularmente de la Argentina. En cuanto a Serrat, se puede decir que no defraudó, sino al contrario: con un pequeño grupo tras él, que da mucho juego, su música ha ganado y su estilo se ha hecho más directo, cálido y armónico que nunca. Sus viejas y sus nuevas composiciones, desde "Cançó de matinalda" hasta ese pasadoble intencionado sobre los emigrantes en Barcelona, pasando por los conocidos versos machadianos del "españolito que vienes al mundo...", suenan distintas y llevan un inequívoco sello de bondad, y esto lo dice quien no ha sido nunca especialmente fervoroso hacia la labor del autor de Pueblo Seco. Por fin, en cuanto a Daniel Viglietti se refiere, si el paso del tiempo no ha comprobado una gran transformación formal respecto de su canción, sí que se puede decir que ésta sigue fiel y firme con respecto a sus constantes preocupaciones: el hombre, la opresión física y espiritual que se hace de él en tantos países del mundo, incluidos por supuesto los de esa América Latina que estaba presente en todos. ■ ALVARO FEITO. Foto: MARIO PACHECO.



Daniel Viglietti y Joan Manuel Serrat.